

tomar parte en una representación teatral que ha de darse en Palacio y consulta con la actriz famosa el modo de pronunciar aquellas palabras en una situación semejante á la en que fueron dichas. La comediante, sin recordarlas, las repite y gracias á ese ardid la de Bouillon reconoce á su rival.

Adriana también reconoce á su rival, y además de demostrárselo entregándole un brazalete que perdió al huir, procura herirla recitando versos de una tragedia en que parece retratada la adúltera.

Entretanto el príncipe de Sajonia ha sido encarcelado por un deudor, ó, mejor dicho, por el embajador de Rusia, aprovechando una deuda del pretendiente; pero Adriana ha vendido sus joyas para salvarle y al terminar el acto regresa libre, pero atribuyendo su salvación á la princesa, quien, lejos de haber pensado en hacerla, fué la que intrigó para que le prendieran. Adriana quiere que el príncipe parta con ella; pero él, queriendo mostrarse agradecido, permanece en el palacio de Bouillon junto á la mujer que le traicionó.

Se quedan, pues, y Adriana parte con Rigolet, un inspector de la comedia francesa, consejero de la hermosa artista, á la que ama en secreto y que la ha ayudado no



ADRIANA, Sra. Tubau, en el tercer acto
(Fot. Compañy)

obstante á salvar al príncipe de Sajonia añadiendo 10.000 libras, que acaba de heredar, á las 60.000 que producen las joyas de Adriana y completar con ellas las 70.000 á que ascendía la deuda por que fué encarcelado el príncipe. Así termina el acto cuarto.

En el quinto Adriana, en su casa, llora el desdén de su adorado y ve aumentar su aflicción al recibir un ramo que ella entregó al príncipe y, naturalmente, cree devuelto por él. No es así; quien le envía las flores es la vengativa princesa, que previamente las ha envenenado para que Adriana sucumba envenenada por su aroma.

Y eso es lo que ocurre; Adriana besa las flores antes de arrojarlas al fuego, y el de Sajonia, cuando poco después llega á asegurarse nuevamente que la adora, asiste á su agonía y logra, ya que el mal no tiene remedio, dulcificarla con las protestas de su amor.

Al trágico desenlace asiste también Rigolet, quien al principio cree que solo se trata de un ataque pasajero, de los que, frecuentemente, suele sufrir la actriz y cuya desesperación, al comprender la verdad, no tiene límites.

Rigolet relata al príncipe Mauricio todo lo ocurrido, sin ocultar su intervención en el asunto de



ACTO IV.—La Princesa, SRA. ROCA.— Adela, SRTA. IÑIGUEZ.—Un Caballero, SR. ROCH.—La Baronesa, SRTA. ORTIZ.—Julia, SRTA. CARBONE (A).
El Príncipe, SR. VILLANOVA.—Un Invitado, SR. JIMÉNEZ.—Una Dama, SRTA. PRAST.—Otra Dama, SRTA. CARBONE (M).
Un Criado, SR. DUQUE.—La Duquesa, SRA. PARÍS.—Rigolet, SR. GIL. (Fot. Campúa)

la deuda y el de Sajonia adquiere así nueva certeza de que Adriana era digna de la corona de Curlandia que vino á ofrecerle.

Una carta de la princesa de Bouillon, en la que ésta descubre el delito que ha cometido, confesando que el ramo que envió á Adriana estaba envenenado y anuncia que ella se suicida con el mismo veneno que empleó para Adriana, revela al príncipe toda la verdad y aumenta su desesperación cuando Adriana espira en sus brazos.

Tal es la obra en la que, como se ve, hay ancho campo para que una actriz luzca sus facultades. María Tubau lo hizo y los artistas que le ayudaron en su tarea la secundaron discretamente.

Con eso basta para que, no obstante su vetustez, podamos dar la obra por bien resucitada; pero en la obra, tal como ha sido puesta en escena en la Princesa, hay algo más y algo que debe servir de ejemplo á otras compañías: un excelente conjunto que revela una dirección artística tan hábil como experimentada.

En el acto segundo, que como ya hemos dicho se desarrolla en el *foyer* de la Comedia francesa, perfectamente reproducido por una decoración nueva, las numerosas figuras que en él intervienen se mueven con perfecta naturalidad, dando la impresión buscada por el autor y sin que sus intérpretes sean grandes artistas sino, por el contrario, actores modestos cuyos nombres no han sido aún pregonados por la fama.

Los cómicos que aguardan jugando al ajedrez á que llegue el momento de salir á escena, las actrices que



ACTO III.—Adriana, SRA. TUBAU.—Conde de Sajonia, SR. GONZÁLEZ
(Fot. de Compañía)

Princesa ha hecho, sin pregonarlo tanto él, lo que el duque Xaxe Meninigen en su famosa compañía: hacer que los papeles de simples comparsas sean representados por verdaderos actores que conozcan perfectamente la situación y para los cuales no sea extraño el movimiento escénico. Haciéndolo así se

logran siempre excelentes conjuntos y buena prueba de ello ha dado también el pintor barcelonés señor Gual, quien siguiendo ese sistema en su *Teatro íntimo*, ha logrado dar vida en la escena á obras tan difíciles de interpretar como algunas del teatro clásico francés y alguna tragedia griega.

El procedimiento es, pues, indudablemente el mejor que para lograr buenos conjuntos escénicos puede seguirse y no es mucho que siguiéndole logre siempre el director de la compañía Tubau efectos que suelen echarse de menos en otras compañías cuyos actores no por eso son considerados peores que los que ahora actúan en la Princesa.

Y no quiere decir esto que los actores de la compañía Tubau no merecen ser aplaudidos; lejos de eso, algu-



ACTO V.—Adriana, SRA. TUBAU.—Rigolet, SR. GIL.
(Fot. de Compañía)

nos de los intérpretes de *Adriana Lecouvreur* merecen serlo, y mucho.

En primer término, entre ellos merece mención el Sr. Gil, excelente actor cómico que interpretó muy bien el papel de Rigolet, no obstante sus dificultades, puesto que se trata de un papel de actor

Para terminar, bueno será decir dos palabras acerca del arreglo.

María Tubau había anunciado la traducción de *Adriana Lecouvreur* hecha por Ventura de la Vega; pero desavenencias con la Sociedad de Autores, de que no he de hablar aquí, obligaron á última



ACTO QUINTO.—ESCENA FINAL

El Conde de Sajonia, SR. GONZÁLEZ.—*Adriana*, SRA. TUBAU.—*Rigolet*, SR. GIL

(Fot. Compañy)

cómico que con frecuencia hace llorar, y como el Sr. Gil merecen también la señora Roca, muy discreta en el difícil y antipático papel de princesa de Bouillon, y el Sr. Llano que hizo hábilmente el abate, los aplausos con que el público premió su labor al final de cada uno de los actos.

hora á Pedro Gil, íntimo é inseparable de Ceferino Palencia, á hacer una versión nueva. El parecido de ésta con la antigua es grande, pero su autor no lo oculta; se trata, pues, de un plagio, si plagio es, con circunstancias atenuantes.

ALEJANDRO MIQUIS

TEATRO DE LA COMEDIA

PRIMERAS FIGURAS DE LA COMPAÑÍA



ROSARIO PINO



JOSEFA NESTOSA



CONCEPCIÓN CATALÁ



SOFÍA ALVERÁ
JUAN BALAGUER



FRANCISCO G. ORTEGA

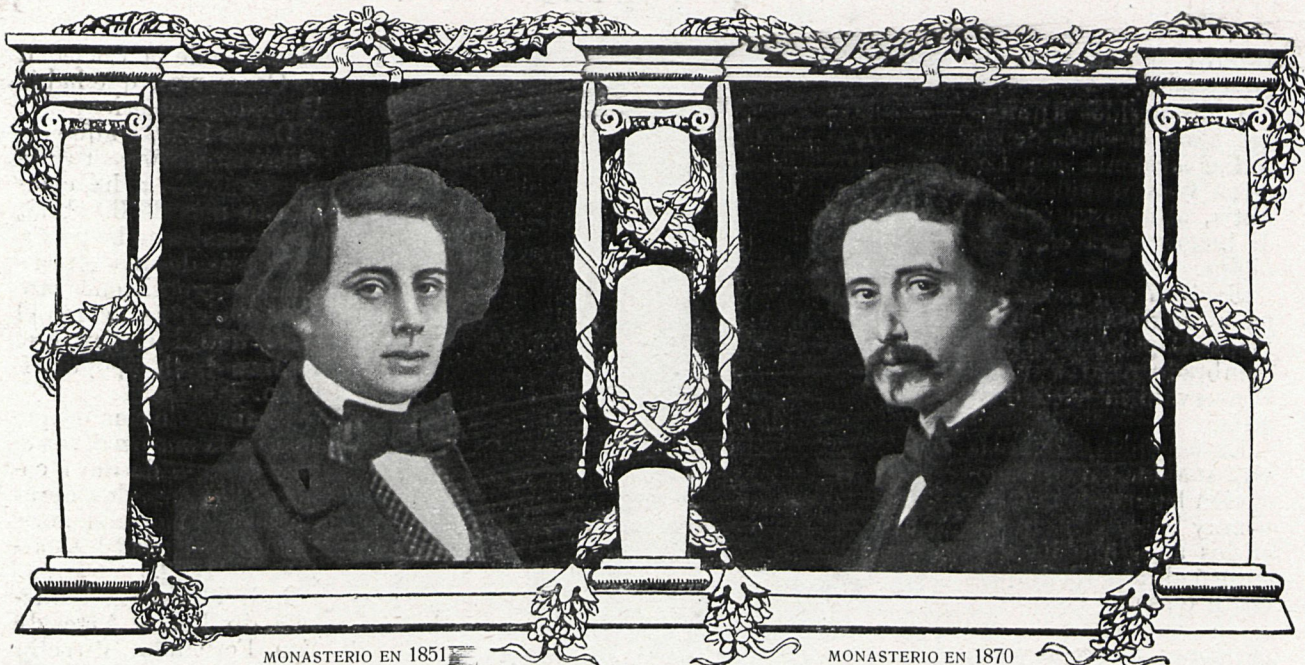


DOLORES BREMÓN
FRANCISCO TALLAVÍ





FELISA LÁZARO, DEL TEATRO DE LA ZARZUELA
(FOT. DE FRANZEN)



MONASTERIO EN 1851

MONASTERIO EN 1870

JESÚS MONASTERIO

1836

✽

1903

EN Yasar de Periedo, pintoresco pueblecito de la provincia de Santander, falleció el 29 del pasado Septiembre el insigne músico montañés D. Jesús Monasterio, una de las glorias más legítimas del arte español.

La figura del gran violinista había logrado un relieve y una personalidad que la habían hecho popularísima, no sólo en España, sino también en las principales poblaciones de Europa.

Jesús Monasterio nació en Potes (Santander), el día 21 de Marzo de 1836. Desde muy niño comenzó á mostrar afición á la música y, como suele acontecer con estos precoces artistas, ya en los primeros ensayos que pudo hacer en los instrumentos de juguete que para su diversión prefería, mostró las extraordinarias disposiciones, la facilidad y el exquisito gusto que más tarde, desarrollados con el estudio, habían de hacer de él un músico insigne.

Su padre, aficionado á la música, le instruyó en el manejo del violín, pero pronto pudo el discípulo dar lecciones á su maestro; tan rápidos eran los progresos que el niño hacía.

Esta indudable vocación decidió á sus padres á que de aquellas aficiones hiciese su carrera, y no sin imponerse grandes sacrificios sometieronle á la enseñanza del notable músico Sr. Ortega Zapata, primer violín, por aquel entonces, de la catedral de Palencia.

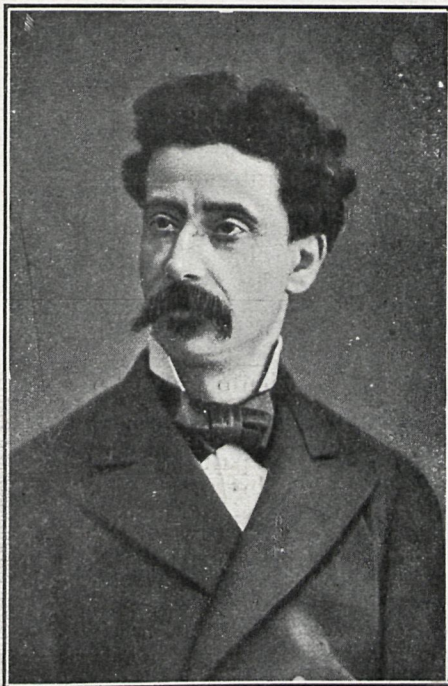
Prendado el maestro de las extraordinarias disposiciones de su discípulo, gestionó su viaje á Madrid, donde al propio tiempo que completaba su educación podía comenzar á darse á conocer en los centros artísticos.

Presentado al regente del reino D. Baldomero Espartero, tanto interés despertó el joven músico en el ánimo de aquel ilustre general, que decidió protegerlo encargando de dar segura dirección artística al precoz músico á los maestros D. José Vega, D. Juan Ortega y D. Antonio Dorven, profesores de la Capilla Real.

Después de recibir la enseñanza de estos artistas durante algún tiempo, hizo Monasterio algunas excursiones por España dando conciertos y conquistando aplausos y popularidad.

En 1845, contando nueve años, experimentó la desdicha de perder á su padre, viéndose precisado á interrumpir la comenzada serie de triunfos, para trasladarse á su pueblo natal, en el que permaneció algún tiempo y del que acaso no habría vuelto á salir, dando al olvido la carrera que tan brillantemente comenzara y tanta gloria había de proporcionarle, si un nuevo protector, D. Basilio Montoya, no le hubiera sacado de su retiro encargándose de completar su educación artística.

Con este propósito llevó al joven á París y Bruselas, donde Montoya encargó al insigne



MONASTERIO EN 1879

Beriot la educación de Monasterio.

Transcurridos apenas dos años, después de estudiar armonía con Lement y contrapunto con Fetis, obtuvo el premio de honor en la clase de violín.

En 1857 regresó á España, ingresando en la Real Capilla, y siendo nombrado profesor del Conservatorio poco después.

La elegancia, la pureza y la suavidad de su ejecución ha creado muchos y muy buenos discípulos en los años que ha desempeñado aquella importante clase.

En sus frecuentes excursiones al extranjero, fué presentado en Weimar al Gran Duque, que le ofreció la plaza de primer violín y director de los conciertos de cámara, honroso puesto que su patriotismo no le permitió aceptar.

En la primavera de 1864 inició Monasterio sus tareas de director de orquesta, dirigiendo con gran acierto los conciertos clásicos fundados por la Asociación de Socorros Mutuos de Artistas, y encargándose en 1869 de la



MONASTERIO EN 1895

(Fots. Baglietto)

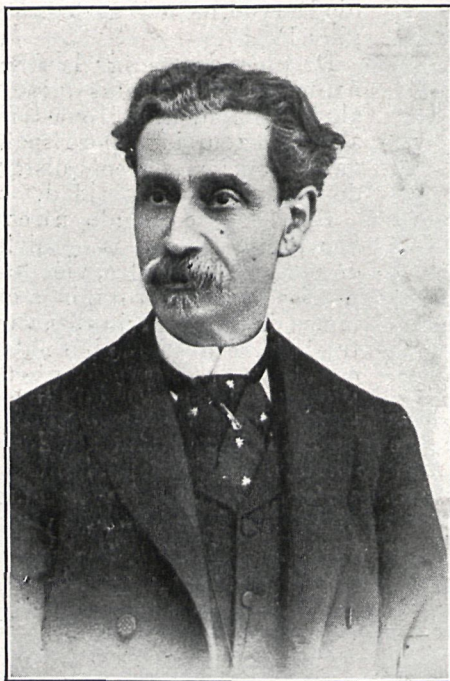
dirección de la Sociedad de Conciertos, que había fundado Barbieri.

Desde 1849, en que escribió su mazurca titulada *La Violeta*, ha compuesto más de 60 obras, de las cuales no ha publicado más de una tercera parte, composiciones muchas de ellas, como el *Adiós á la Alhambra*, que le han hecho popularísimo.

Enamorado como el que más de la *musica di camera* y deseoso de dar á conocer las grandes obras de los clásicos alemanes, fundó la Sociedad de Cuartetos en 1863.

Individuo de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, director de la Escuela Nacional de Música y condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica, y otras distinciones españolas y extranjeras, Jesús Monasterio era una verdadera gloria nacional.

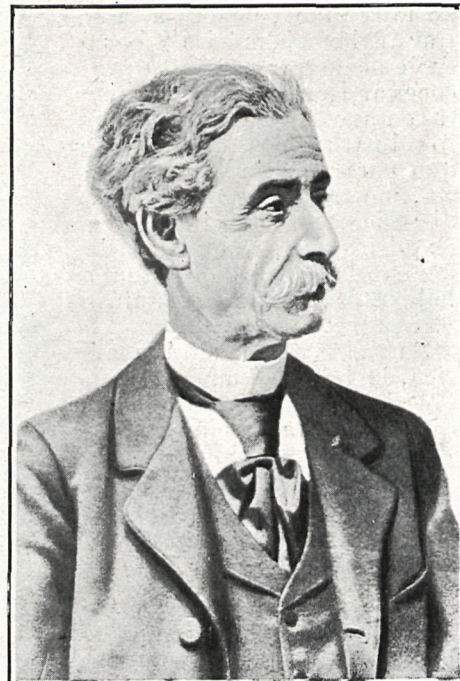
En la primavera de 1894 propuso á la reina el ministro de Fomento, don Segismundo Moret, el nombramiento de Monasterio para el cargo de director del Conservatorio, y S. M. lo aceptó con entusiasmo. Monasterio no



MONASTERIO EN 1898

supo una palabra hasta que la augusta madre de Alfonso XIII le llamó á Palacio y en propia mano le entregó el nombramiento. Moret tuvo especial complacencia en darle posesión del cargo personalmente. Y Monasterio dejó el puesto algunos pocos años después, quedándose nada más que con la cátedra que hoy desempeñaba de Perfeccionamiento de violín y música instrumental de cámara (cuartetos, sonatas, etc.), para la cual fué nombrado en 1890.

La noticia de su muerte ha sido recibida en todos los círculos artísticos con profundo dolor, porque sus compañeros, además de admirar al artista, estimaban en lo que valía las envidiables cualidades del hombre.



MONASTERIO EN 1903



LORETO PRADO

LAS TRAVESURAS DE JUANA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, DE LOS SRES. GARCÍA DONCEL Y VALLADARES, REPRESENTADA EN EL TEATRO MODERNO

La primera novedad que ha ofrecido la empresa del Teatro Moderno, en esta temporada, al numeroso público que á diario le favorece, ha sido la *reprisse* de la comedia en cuatro actos y en verso *Las travesuras de Juana*, cuyo estreno se verificó el 27 de Noviembre de 1843 en el Teatro de la Cruz.

Hemos dicho *novedad* porque la obra lo es para nuestro público, no obstante sus sesenta años de existencia, por la sencillísima razón de que desde la época de su estreno se ha representado en muy contadas ocasiones y desde la última vez que se ofreció al público hasta la fecha han transcurrido cinco ó seis lustros.

El solo anuncio del título de la comedia en el teatro en que trabaja Loreto Prado, produjo la natural espectación y despertó el natural interés entre los muchos admiradores con que la genial artista cuenta en Madrid.

Las travesuras de Juana debían dar ocasión de lucir sus dotes excepcionales á la sin par Loreto, maestra inimitable en travesuras escénicas, en ingenio y en donaire artísticos.

Así lo dedujo de la lectura de la obra el fino instinto de empresario del popular director de la compañía Enrique Chicote, y á esta razón obedece el hecho de haber decidido resucitar la obra.

La primera representación, dada en la noche del 9



ACTO PRIMERO

(Fot. Campúa)

ELVIRA, Srta. Franco; JUANA, Srta. Prado; ACERICO, Sr. Chicote; RECTORA, Sra. Castellanos; LAURA, Srta. Paniagua; LUISA, Srta. Santi; IRENE, Srta. Anchorena